



## Prólogo

CORTIJO *LA DORADA*, MÁLAGA, 1872

El aya Rosalía miró inquieta por la ventana. Apenas comenzaba a amanecer, pero la niebla de aquel día de invierno cubría los campos. La quietud de la casa era total, y el silencio tan espeso que se podía cortar con un cuchillo.

Y eso no auguraba nada bueno.

Rosalía entró sigilosamente en la alcoba de la niña Elena, que dormía plácida y despreocupadamente, ajena a todo, y la contempló un instante mientras se retorció las manos presa del nerviosismo.

—Duerme, mi niña —susurró—, que tal vez pronto tenga que despertarte.

A pesar de su edad —nunca le dieron fecha exacta de su nacimiento, pero las arrugas hablaban por sí mismas— y de su raza gitana, Rosalía no pudo evitar sentir miedo. Los largos años al servicio de aquella familia habían aletargado las costumbres nómadas propias de los suyos, pensó. Ya no estaba para andar de un lado a otro sin rumbo fijo, como cuando era joven y tenía demasiada energía en las venas. Ahora había echado raíces en aquel lugar y con los propietarios de aquellas tierras, sobre todo desde la muerte de la señora, cuando Elena contaba dos años y el señor se quedó sin una mujer a su lado.

Don Damián Robles era lo que vulgarmente se llamaba un calavera. Lo fue en vida de su esposa y lo siguió siendo cuando esta murió, pero como padre amantísimo no tenía precio, pensó Rosalía, al menos con su descendencia reconocida. Su única hija era la luz de sus ojos. Y sin embargo ahora...

El ruido de cascos rompió el silencio mortal del cortijo y Rosalía miró por la ventana. Un jinete se acercaba, y el corazón le dio un vuelco.

Tan solo un jinete.

El aya voló hacia la puerta principal a tiempo de ver cómo Juan Lomana, el ahijado del señor, se acercaba a grandes zancadas. No





tuvo que preguntarle nada, y hubo de reconocer que, en el fondo de su alma, siempre supo cuál iba a ser el desenlace de semejante despropósito.

Don Gonzalo Pérez y el señor siempre habían rivalizado en todo: mujeres, juego, ganancias y propiedades. No era buen compañero de juerga para don Damián, y menos si el alcohol les nublaba el entendimiento a ambos. Posiblemente movido por su mal perder con las cartas, por la envidia o por la borrachera del momento, aquella noche las palabras de don Gonzalo pasaron de simples pullas a pura provocación.

Don Damián se levantó de su asiento y arrojó el guante a don Gonzalo. Solo al día siguiente recordó que no era muy diestro en el manejo de las armas, pero ya era tarde. Estaba lúcido por fin, pero condenado con toda probabilidad.

Sus padrinos fueron Juan y el médico del pueblo cercano, Esteban Pinto, alguien que, por lo visto, no había podido hacer gran cosa por él.

Y tampoco por don Gonzalo, que sería apresado por matar a don Damián en el duelo, una práctica prohibida desde hacía años.

—El tiro fue limpio, Rosalía —le decía Juan—. Directamente al corazón. El doctor ha certificado su muerte.

A Rosalía los ojos se le escaparon hacia la alcoba de Elena, y solo por ella se le llenaron de lágrimas.

La habitación olía mal y estaba en penumbras. La gente entraba y salía, desfilando alrededor del féretro. Algunas personas se detenían ante ella y le susurraban palabras de consuelo, o besaban su mejilla; otras ni siquiera reparaban en su presencia. Rosalía había tenido que coger uno de sus vestidos y teñirlo de negro para que ella pudiera comenzar su luto, cosa que no entendía muy bien. Lloraba la muerte de su padre y lo seguiría haciendo igual de negro que de otro color, pensaba.

Por fin había dejado de temblar, después de verse obligada a pasar el mal trago de ver el cadáver de don Damián, y permanecía sentada junto a la ventana, encogida y pequeña, intentando ver a través de la tupida y oscura cortina sin que Juan se diera cuenta.

Y es que Juan parecía darse cuenta de todo. Desde que hacía años había quedado huérfano, su padre lo había acogido en su casa como a un hijo más. Cuando Elena comenzaba a dar sus primeros





pasos, Juan era el administrador general de la fábrica textil que su padre poseía en la ciudad, además de un joven abogado. Ella siempre le consideró su hermano mayor, y ahora se movía de un lado a otro con su porte elegante, imprimiendo seguridad a cada uno de sus actos y haciéndose cargo de la situación.

Pero sus ojos enrojecidos por el llanto pronto divisaron algo a través de la ventana. Un muchacho se acercaba prudentemente y le hacía señas con las manos.

—Anda, sal un rato, criatura —oyó susurrar a sus espaldas—. Te hará bien.

Elena se volvió y sonrió a Rosalía. Con sigilo se escabulló de aquella odiosa habitación y corrió hacia el chico que la esperaba con el semblante serio y preocupado.

—Hola, Pablo —saludó.

—Lo siento mucho, señorita.

Pablo el *Bastardo* era conocido así por señores y campesinos del cortijo, y la razón era obvia. Tenía catorce años y había sido compañero de juegos de Elena desde que esta tenía uso de razón. Para ella Pablo significaba libertad en todos los sentidos: de movimientos, de pensamientos y de sentimientos. Su padre consentía esa relación porque lo aceptaba como hijo en su fuero interno, aunque no hubiera papeles de por medio. Nunca se le negó la entrada a la casa principal, y siempre había estado con Elena; cuando aprendió a cabalgar, cuando aprendió a nadar y cuando recibía algún castigo.

En aquel momento también estaba allí.

—Ahora usted será la dueña de todo —le estaba diciendo cogiéndola de la mano.

— Pero yo soy una niña, Pablo. Tú eres mayor, y mi hermano de verdad.

—¿El señor lo dejó escrito en algún sitio? ¿Finalmente me reconoció?

La esperanza que había en su voz se diluyó cuando Elena se encogió de hombros.

—Yo no sé. Aquí todos hablan de...

—Pero eso no me sirve —la interrumpió Pablo.

Ante el silencio de la niña, se sentó y esperó. De repente, la cara de Elena se iluminó con una amplia sonrisa.

—¡Ya sé! —exclamó—. Cuando yo sea mayor, te daré una parte de la herencia, ¿de acuerdo?





En vez de tomárselo a chanza, Pablo asintió muy serio, escupió en la palma de su mano y se la ofreció a Elena.

—¿Tengo su palabra?

Ella asintió sin vacilar, hizo lo propio en su palma y juntaron las manos, sellando así su pacto.

—La tienes —contestó.

Al día siguiente leyeron el testamento de don Damián. A Elena no se le permitió estar presente, y durante el acto tuvo que quedarse fuera con su tía Elvira, hermana de su madre y a la que apenas había visto en un par de ocasiones a lo largo de sus diez años de vida, y su prima mayor Catalina. Habían llegado desde la ciudad para el sepelio, pero al parecer tenían en mente otros cometidos.

Como estaba previsto, y se supo en cuanto Juan salió del despacho de su padre, la niña había heredado una de las fortunas más grandes de toda Andalucía, que recibiría cuando cumpliera veintitrés años. Además de las tierras del cortijo y los frutos de las mismas, la herencia comprendía importantes cuentas de dinero en efectivo, la fábrica textil y otra dedicada a la producción de aceite. Y mientras la mayoría de edad llegaba, su padre había nombrado tutor y administrador de todos sus bienes a Juan, cosa que no pareció agradaarle mucho, pues informó de todo ello con aspecto contrariado y lúgubre.

—Señora —dijo dirigiéndose a su tía—. Todos sabemos de su fama de virtuosa y excepcional dama, única para inculcar a una niña los valores propios que una señorita acomodada debe tener.

Elvira asintió en silencio mientras Catalina tomaba la mano de Elena y escuchaba a Juan embobada. Dio un paso atrás, pero su prima no le permitió soltarse de su mano. Suponiendo lo que Juan diría a continuación, observó mejor a su tía.

—Soy viuda de banquero —pregonó Elvira—, y tengo una reputación que mantener. Esté seguro de que mi sentido de la moral y del decoro son los mejores.

—Lo sé. Por eso, y por ser familiar directo de Elena, le encomiendo su educación en los próximos años. —Sin más preámbulos, Juan se dirigió a la salida, pero en la puerta se detuvo e inclinó la cabeza a modo de despedida—. Rosalía está preparando el equipaje de la niña. Y no se inquiete; será debidamente recompensada. Señora, señorita, si me disculpan, tengo asuntos urgentes que tratar.





Se fue sin dirigirle ni una triste despedida, aliviado por librarse de una carga pesada y sin darle la oportunidad de hablar.

Ella no quería abandonar el campo, ni irse con una tía desconocida a una ciudad desconocida para aprender unos modales que también le resultaban desconocidos, aunque aquello no parecía importarle a nadie.

Y además, sin su aya Rosalía.

Pero un apretón en su mano le recordó que pasaría mucho tiempo hasta que pudiera decidir por sí misma sobre su propio destino.

Alzó la cabeza temerosa y se encontró con la cara sonriente de su prima.

—No te preocupes, Elena —le dijo—. Vamos a estar juntas. Nos divertiremos.

La niña no dijo nada. No tenía tan claro que alguien pudiera divertirse sin ríos en los que zambullirse, sin árboles bajo los que refugiarse de la lluvia, sin el sabor de la uva recién cortada o el espectáculo de miles de olivos en flor, sin el ejercicio reparador de una buena cabalgada a lomos de un caballo y sin naturaleza a su alrededor, aunque ¿qué otra alternativa le quedaba?





# 1

## RONDA, MÁLAGA, PRIMAVERA DE 1881

Elena sonrió recordando los intentos de su tía por conseguirle un buen marido.

Y todo pese a que, nueve años después de su partida de *La Dorada*, ella se sabía el mejor partido de toda Andalucía. Estaba harta de oírlo por boca de sus pretendientes, esos que se acercaban a ella como auténticos moscones y a los que tenía que espantar como tales.

Observando su imagen en el espejo de su alcoba, tuvo ganas de gritarle todo eso a Juan Lomana, su tutor, pero nunca había tenido oportunidad de hacerlo. Desde que vivía en casa de su tía, esta y su prima habían constituido su única familia, como si todo el mundo se hubiera empeñado en borrar lo demás, incluido el cortijo y quienes lo habitaban.

Sin embargo, no estaba resentida. La tía Elvira se había preocupado por ella como lo hubiera hecho su verdadera madre. En cuanto a su prima Lina, solo podía darle las gracias por su generosidad y su extraordinaria capacidad para transformar las personas y las situaciones extrañas en cotidianas.

—Pero yo no necesito marido —se dijo a sí misma, volviendo al comienzo de sus pensamientos—. En unos años tendré todo lo que pueda desear.

—No todo, prima. —La voz de Catalina la sacó de sus cavilaciones—. ¿Crees que podrás meterte en la cama de algún hombre sin matrimonio de por medio?

Si el rostro de Elena hubiera sido tan blanco como el de Catalina, se hubiera teñido de rojo vivo al oír semejante desvergüenza, pero enseguida sonrió. Ya estaba acostumbrada a los exabruptos de su prima.

—Supongo que también eso me será más fácil después de los veintitrés —contestó—. O al menos, podré hacerlo con el beneplácito de la sociedad.





—No te engañes, querida. Para una mujer eso nunca estará bien visto. —Con una risilla pícaro, Catalina se acercó a ella y se inclinó ligeramente—. Si mi madre estuviera aquí, te cortaría la lengua, ¿sabes?

—Si tu madre estuviera aquí, te ingresaría en un convento —replicó Elena—. Y aún no es tarde para que lo haga. A fin de cuentas, todavía no ha conseguido un matrimonio ventajoso para ninguna de las dos.

Aunque no era de extrañar, añadió para sus adentros. En esos nueve años su perseverante tía había conseguido que caminaran rectas, sonrieran lo justo y llevaran con bastante decoro prendas dignas de la peor de las torturas, como el corsé o el polisón. Todo para que apareciesen hermosas y apetecibles para la población masculina con posibles. Y aunque sus consejos habían dado resultado, no era menos cierto que las dos poseían encantos que no necesitaban de artificios.

Catalina parecía una muñeca de porcelana, con sus facciones dulces y sus grandes ojos castaños resaltando en un rostro convenientemente pálido, toda candidez mientras se mantuviera callada. Su punto débil, unos pechos un poco más pequeños de lo que sería deseable, se arreglaba apretando un poco más las cintas del corsé.

En cuanto a ella, no se consideraba para nada una belleza a la moda: piel demasiado oscura para el gusto de su tía, que se empeñaba en empolvársela inútilmente, labios carnosos que incitaban al pecado más de lo debido, abundante y rizado cabello azabache difícil de domar por el servicio que la atendía, y pechos grandes y erguidos que no necesitaban la opresión del corsé para lucir a través de cualquier escote, pero que las convenciones sociales hacían que tuviera que soportar, como en ese preciso instante.

Un armonioso conjunto coronado con la belleza innata de sus ojos: grandes, rasgados y bordeados de tupidas y rizadas pestañas, eran de un extraño color violeta, herencia directa de su madre, asemejándose a los de un felino.

Ambas muchachas habían aprendido música, bailes de salón, costura, bordado e incluso hablaban francés. Todo gracias a la tía Elvira, que se había desvivido por su educación de damas recatadas y, a juicio de Elena, bastante inútiles; porque, ¿de qué le servía todo eso a la hora de manejar un cortijo con todos sus frutos, o para lidiar con la contabilidad de las fábricas?

No obstante, había tenido suerte: vivía en una ciudad levantada





en medio de la sierra, con la naturaleza dándole la mano cada mañana pero inaccesible a un tiempo, imposibilitada para la realización de cualquier ejercicio físico, porque una dama era lo que se veía de ella.

Sin embargo, hacía nueve años que no veía a Pablo, ni a Rosalía, ni a Juan, y del último solo sabía que, al parecer, mantenía una breve correspondencia con su tía en la que enviaba frecuentes sumas de dinero para sufragar su educación. A cambio, la tía Elvira le informaba de sus progresos y le instaba a hacerles una visita.

Visita que nunca se había producido. Y justamente esa tarde, cuando iban a asistir a la fiesta del Gobernador Civil de Málaga, una más en busca de marido, habían recibido la noticia de que contarían con la inesperada visita de Juan, que también estaba invitado.

Seguramente ni siquiera las reconocería, pero eso no importaba para Catalina. Su prima no podía permanecer quieta y correteaba de un lado a otro, parlotando como una cotorra, no sabía muy bien si por la fiesta en sí o por la inminente llegada de Juan Lomana.

—...El Gobernador ha trasladado su residencia a Ronda por motivos de salud, aseguran —estaba diciendo en ese momento—. Cuentan que el palacete es precioso, enorme...

—Y seguro que habrá personalidades dignas de destacar —la interrumpió Elena en tono hastiado—. ¿Cómo puedes soportar semejante aburrimiento?

—Habla por ti, querida. Yo me encuentro como pez en el agua. Y si tú te buscaras un buen entretenimiento en todas esas fiestas, también te divertirías.

Elena la miró, decidiendo no indagar más sobre lo que parecía leerse entre líneas, y sonrió.

—¿Alguna vez serás capaz de decir solo lo correcto y adecuado? —preguntó.

Catalina enmudeció un instante y luego las dos se echaron a reír.

—Cuando tú dejes tu sentido práctico en casa y seas capaz de pensar con otra cosa que no sea la cabeza —contestó—. Solo entonces.

Juan acababa de franquear la puerta de entrada, entregando guantes y sombrero a la sirvienta, cuando Catalina lo vio en mitad de la escalera y, automáticamente, descendió los peldaños restantes con





mucha más lentitud, como correspondía a una dama. Tras ella, Elena pudo observarlo mucho mejor. Su atuendo de caballero realzaba su espigada figura, y tan solo unas significativas arrugas en torno a sus ojos y sus sienas plateadas daban fe del tiempo que había pasado también para él. Sin previo aviso, el nerviosismo por el encuentro dio paso a la incertidumbre. Decidió esperar a que su prima actuase primero y sus ojos se posaron en dos pequeños paquetes que Juan no entregó al servicio y que dejó a un lado en cuanto Catalina llegó a su altura. De semblante alargado y rasgos severos, sus finos labios dibujaron una sonrisa cortés cuando Lina extendió su mano y él la besó.

—Tú debes de ser Catalina. —Su voz era agradable, casi dulce—. Ya eres toda una belleza.

—Gracias, Juan. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.

Con ademán solemne, su tutor se hizo a un lado y la recibió a ella.

—Mi querida pupila —dijo. Sus ojos se abrieron por la sorpresa y con sus manos tomó la de ella para besarla—. Veo que tu tía ha obrado milagros. Te has convertido en una dama. ¿Estás sorprendida por mi presencia? Pensé que doña Elvira os habría advertido ya.

Rechinando los dientes por la vergüenza, ella buscó con afán una excusa convincente mientras el brillo de los ojos masculinos se intensificaba.

—Y así ha sido. Discúlpame —murmuró insegura—. Es que ha pasado tanto tiempo...

Con desconcertante y atrevida familiaridad, él sonrió y le cubrió la mejilla con su palma.

—Pero tu hermosura sigue encandilando, aunque de manera diferente a cuando tenías diez años, claro está.

—Mi prima siempre ha sido bonita, Juan.

—Solo había que tallar el diamante en bruto, ¿no es cierto? —añadió él dirigiendo una fugaz mirada a Catalina.

El tono distendido de sus palabras no terminó de convencerla. Mirándolo como al extraño que en realidad era, decidió que no estaba dispuesta aún a tratarlo con cordialidad. No podía olvidar que la había abandonado durante nueve años.

—Era una niña cuando la acogimos con nosotras —dijo Catalina con evidente incomodidad.

—Y se ha transformado en un precioso cisne. Mi querida Elena,





estás tan radiante que ni siquiera cambiando tu aspecto conseguiríamos que dejaras de brillar.

—Un cumplido encantador —comentó Catalina con sorna, pero Juan pareció advertirlo, y su sonrisa se volvió artificiosa.

Elena sintió un violento calor en sus mejillas. Los halagos sosegados de su tutor parecían tan sinceros que el rencor se evaporó en un segundo. Casi el mismo tiempo que tardó en huir de aquella mirada oscura que se dirigió a Catalina.

—Oh, perdóname, Lina —se excusó con fría galantería—. Tú también estás muy hermosa.

—Y tan arrebatadora como ella —concluyó su prima con extraño sarcasmo.

—Eso es innegable. —Con sus ojos clavados en ella, Juan cogió los paquetes que había apartado hacía unos minutos—. Y para adornar la belleza de mis dos acompañantes, os he traído este presente.

Catalina gritó de alegría cuando abrió su regalo con total naturalidad, y todo lo anterior pareció quedar olvidado. Como si estuviera acostumbrada a recibir cientos de ellos de cientos de hombres, tomó en su mano una tiara con finísimos brillantes y la colocó sobre su peinado en cuestión de segundos.

—¡Es preciosa! —exclamó, mirándose en el espejo del recibidor con coquetería—. ¡La mismísima esposa del Gobernador se morirá de envidia!

—No lo dudo —dijo Juan riendo—. ¿Y a ti, Elena? ¿Te gusta tu regalo?

La última vez que se vieron fue para entregarla a su tía como un burdo paquete, sin una palabra de despedida; y ¿después de nueve años le hacía un regalo? Con todo tipo de suspicacias rondándole la cabeza, Elena abrió su presente y hubo de reconocer que lo que vio la dejó atónita.

Un broche de oro con forma de gato montés, cuidadosamente labrado con dos pequeños zafiros por ojos, que combinaba a la perfección con su vestido y que se apresuró a colocar en el centro de su escote. ¿Cómo no le iba a gustar?

En aquel momento Elvira apareció ante ellos con el mismo aire austero de siempre. Sin sonreír, dejó que Juan besara su mano.

—Señora... Cuánto tiempo.

—Para algunos demasiado, Juan Lomana —contestó Elvira con acritud—. ¿Por fin viene a comprobar los progresos de mi sobrina con sus propios ojos?





—Entre otras cosas, por supuesto. Confío en que finalmente se haya decidido a acompañarme hasta la casa del Gobernador. Conociendo su carácter, no termino de creer que realmente vayan a viajar conmigo en la calesa.

—Pues créaselo, y guarde su fingida amabilidad para ganarse la confianza de las jóvenes inocentes. —Con su mirada implacable clavada en él, señaló a Elena y Catalina—. Ya pude oír su admiración hacia mi sobrina. Por lo visto, la considera usted una dama.

No le había invitado a sentarse, y él no pareció ofendido por ello. Seguro de sí mismo, tomó la mano de Elena con la suya y le lanzó una mirada de orgullo.

—Salta a la vista —dijo con solemnidad.

—¿Y quiere hacerme creer que, después de nueve años, ha venido a hacernos una visita de cortesía aprovechando la fiesta del Gobernador?

—Tengo otros motivos, pero me falta tiempo, señora.

—Seguro que podría hacernos un resumen, ¿verdad? —Extraña y visiblemente ofendida, señaló a Elena—. A buen seguro habrá pensado que su pupila merece al menos una explicación.

Sin inmutarse por su tono directo, Juan asintió, aunque sus cejas se fruncieron levemente.

—Usted siempre tan perspicaz —apuntó—. Lo cierto es que llevo un par de días en Ronda. He comprado una casa cerca de aquí y estuve atareado con asuntos legales, ya me comprende.

Elvira asintió, Catalina volvió a abanicarse con creciente ahogo y Elena se limitó a observarlo mientras él se encogía de hombros.

—En fin... —Suspiró, como si no tuviera otra salida—. Arreglados ciertos problemas, he contemplado seriamente la posibilidad de llevarme a Elena de vuelta a *La Dorada*. —Una mirada interrogante se posó sobre ella—. ¿Te gustaría?

Aquella declaración de intenciones le hizo ganarse su confianza y un grito de júbilo se le escapó. Acababa de saltarse unas cuantas normas de recato, pero aún tuvo que contenerse para no abrazar a Juan y carraspeó incómoda al ser consciente de la severa presencia de su tía.

—Deseo volver. —Algo más calmada, tomó las manos de Elvira entre las de ella—. Pero no me marcharé a no ser que cuente con su aprobación.

Ansiaba más que nada en el mundo hacer todas aquellas cosas prohibidas para una dama y que le habían sido presentadas en los





últimos años como el peor de los pecados, pero calló prudentemente y se limitó a recibir el beneplácito de su tía y las felicitaciones de su tutor.

—¡Perfecto! —exclamó Juan—. Te daré el tiempo que necesites para que hagan tu equipaje. Entretanto, ¿qué les parece si vamos a la fiesta? Mi calesa espera fuera.





## 2

—Una buena idea por parte del Gobernador la de invitarle a usted, ¿no le parece, padre? —le dijo al párroco.

Don Fabián, lejos de ofenderse por el comentario, extendió su copa de vino hacia Diego de Casanueva a modo de saludo.

—Los caminos del Señor son inescrutables, hijo mío —le contestó con una mirada cómplice—. Y por lo que veo, tú y tu hermano tampoco habéis declinado la invitación.

—Ya sabe cómo es Diego, padre. —Lorenzo, el menor de los dos hermanos, tomó otra copa de vino para acompañar al párroco—. Siempre a la expectativa.

—No lo dudes, hermanito. A lo mejor en una de éstas siento la cabeza.

—Me parece que antes de que eso ocurra veremos cerdos volando —exclamó Lorenzo.

Los tres hombres rieron la chanza y se unieron a otros para comenzar la velada, mientras el Gobernador y su esposa, ambos entrados ya en años y en carnes, seguían recibiendo a los invitados.

Sonaba una suave música proveniente de un piano y Diego fijó su atención en la mujer madura que lo tocaba, pero rápidamente perdió interés en ella y dejó que su vista vagara por los invitados que comenzaban a llenar el salón de recepciones, aunque los personajes que deambulaban por él eran todos conocidos. Tan solo el palacete del Gobernador, con su decoración recargada y extravagante, conseguía sorprenderle mínimamente.

—¿Algo interesante?

Diego se volvió hacia Lorenzo metiéndose de nuevo en la conversación y echó un vistazo a las mujeres que aparecían del brazo de sus acompañantes. Al menos la mitad de ellas habían pasado por su cama. Y ninguna había tenido queja; por el contrario, era él quien deseaba cambiar de compañera con demasiada frecuencia, independientemente de que esta fuera soltera o casada.





—Habría que cambiar el aspecto de muchos para que realmente llegaran a interesarme —contestó—. Mi fama me precede.

—Fama que te has ganado a pulso —le reprochó don Fabián. Echando una rápida mirada alrededor, se acercó a Diego y le apretó el brazo con disimulo—. Deberías tener una conducta menos escandalosa —le susurró a modo de advertencia.

—Yo nunca he hecho daño a nadie. Saben a qué atenerse conmigo; no engaño, y la mayoría me considera un bribón con mucha labia según sus propias palabras. Además —añadió—, usted me conoce mejor que nadie.

—Precisamente, hijo mío.

De pronto ambos se habían apartado un poco del resto, y el viejo cura carraspeó incómodo.

—No deberías darte tanto a conocer —dijo—. Podrías correr peligro.

—El padre tiene razón. —Lorenzo se unió rápidamente a la conversación, sobresaltando a los dos hombres—. Tienes demasiado patrimonio, y eres demasiado conocido entre la población femenina como para pasar desapercibido.

—Y hoy día hay mucha hambruna —intervino el cura—. Los salteadores y los bandoleros abundan aún por estas tierras.

—¿Qué pasaría si el Marqués, ese libertador de bandoleros, o incluso ese gitano, Paquillo, se cruzaran en tu camino?

—Poca confianza tienen en mí, señores. Tú, mi querido hermano, preocúpate de saldar tus deudas de juego y no meterte en otras peores, y usted, padre, intente salvar las almas más descarriadas, que de lo demás ya me ocuparé yo. —Ante el silencio de los dos hombres, Diego alzó los brazos en señal de desesperación—. Ese Marqués, o como se llame, nada tiene que ver conmigo, y en cuanto al bandolero y su cuadrilla... Siempre podría negociar, ¿no es cierto? A fin de cuentas, parte de su raza corre por mis venas.

Tanto Lorenzo como don Fabián cruzaron miradas más que elocuentes.

—Es sorprendente la facilidad con la que hablas del origen de parte de tu sangre —le reprochó el cura—. ¿Te crees tan seguro como parece? Mira que la soberbia es un pecado capital.

—Soy dueño de *El Capricho*, uno de los cortijos más grandes de toda Málaga, y de la mejor fábrica de conservas de la región, en sociedad con mi hermano. ¿Con qué cree que pagaría la conciencia de unos muertos de hambre?





Don Fabián iba a contestar, pero se dio cuenta de que la atención de Diego no estaba ya con él, sino con los nuevos invitados que entraban en el salón.

—Vaya, una mujer —gruñó—. ¿O son dos las que ahora te distraen? Si sigues así, vas a condenarte en el infierno...

—Es la variedad lo que le gusta a Diego, padre. —Lorenzo siguió la mirada de su hermano y dejó escapar un leve silbido de admiración—. Y a fe mía que tu gusto es exquisito, hermano.

Pero los cinco sentidos de Diego ya se hallaban puestos en las cuatro personas que irrumpían en la fiesta. Conocía a la viuda Elvira Cifuentes y a su hija Catalina, aunque no había tenido el placer de intimar con ninguna de las dos; incluso hacía negocios con Juan Lomana, puesto que asiduamente compraba buena parte de la cosecha de *La Dorada* para la conservera.

Sin embargo, desconocía quién lo acompañaba. Sus ojos expertos de mujeriego incorregible se fijaron instantáneamente en ella, en su vestido azul oscuro lleno de pliegues y volantes, en su rostro de facciones dulces, en sus labios carnosos y en sus hermosos ojos.

«Habría que cambiar el aspecto de muchos», le había dicho a don Fabián con tedio, y sus ojos ávidos comprobaron que ese cambio acababa de producirse.

La joven desconocida saludó al Gobernador y a su esposa y cruzó unas palabras con ellos antes de volver a colgarse del brazo de Juan Lomana. Con aquel movimiento fortuito, Diego pudo apreciar el corpiño de su vestido y un escote en forma de V que descubría buena parte de sus pechos, adornado por un broche colocado en el sitio justo para atraer su atención. Y cuando acabó tan descarada inspección, una atracción irresistible hacia ella se apoderó de su cuerpo. La fuerza parecía fluir con cada uno de sus elegantes movimientos; nada que ver con las miradas escandalizadas o los oportunos sonrojos a los que estaba acostumbrado, pensó. Lo cierto era que nunca se había endurecido tan rápidamente ante la visión de una mujer hermosa.

Ella encarnaba el conjunto de todos los placeres mundanos que siempre se permitía como recompensa a su ajetreada vida, y decidió en aquel preciso instante que la quería en su cama.

—Por Dios Bendito —murmuró para sí—. He muerto y acabo de entrar en el cielo. ¡Es un ángel!

—No blasfemes —le recriminó don Fabián—. No es un ángel, sino toda una dama, la pupila de Juan y, si Dios no lo re-





media, heredera de una de las mayores fortunas de toda Andalucía.

—¿Usted la conoce? —preguntó Diego sorprendido.

—Así es. Doña Elvira es su tía y lleva en Ronda bastantes años. Llegó aquí siendo una niña... —Con una seria mirada de advertencia, el párroco añadió—: Y es una dama virtuosa que acude a misa cada domingo y fiestas de guardar.

Diego sonrió. Dudaba de que una dama fuera capaz de exhibir semejante escote en fiesta tan respetable, pero si era así, alababa tanto el gusto como la osadía de la señorita.

—Así que está soltera... —aventuró.

—Y por bastante tiempo, según parece. Ha rechazado todas las proposiciones de matrimonio que le han hecho hasta el momento. No las necesita.

—Su tía la vigila como un halcón —añadió Lorenzo—. Si a ello le añades a Juan Lomana...

—Sin embargo, no habrá hecho voto de castidad, ¿verdad, padre? Sería un desperdicio.

Don Fabián resopló con resignación, incapaz de contestarle convenientemente, y Diego se recreó en la elegancia de movimientos de la joven que en aquel momento se acercaba, junto con su prima, a un grupo de muchachas que se abanicaban con energía.

Su primer impulso fue acercarse a ella y solicitarle un baile, pero luego lo pensó mejor. Entrecerrando los ojos, su instinto de cazador, ese que tantas hazañas amorosas le había procurado, habló por él.

—Todo un desafío.

—Una mujer que no está interesada en el matrimonio, que será rica en unos años... ¿Qué buscaría en un hombre? —le susurró su hermano al oído.

—Apostaría lo que fuera para averiguarlo.

—¿Lo que fuera?

Encendiendo un cigarro, observó detenidamente a Lorenzo. Después de la muerte de su padre, Diego había heredado el cortijo y sus tierras junto con la mitad de la conservera. Lorenzo y él siempre se habían llevado bien, pero debía reconocer que el gran defecto de su hermano eran las apuestas y su desmedida ambición.

—¿Tienes problemas de liquidez?

—De momento me alcanza para pagar mis deudas, no te preocupes.





—Ya... ¿Y se puede saber en qué estás pensando?

—En algo mucho más liviano... Y divertido. —Ante el silencio de Diego, Lorenzo sonrió—. Una apuesta. Y ella —dijo señalando a Elena—, será el objetivo a conseguir.

Diego frunció el ceño.

—Tendrás que ser más concreto —apuntó con cautela.

—Doy por supuesto que te será fácil seducirla —aclaró Lorenzo sonriendo—. Pero quizá si te tentara con un matrimonio...

Él volvió a mirarla; los ojos se le quedaron clavados en los pechos que subían y bajaban y en el gato dorado que los acariciaba, y no pudo evitarlo. La sangre le hirvió, el deseo se le desbocó y la imaginación hizo el resto.

—Acepto —dijo—. ¿Y qué apostaremos?

Lorenzo no se lo pensó.

—La parte de cada uno en la conservera —respondió—. Si la consigues, para ti la mujer y la fábrica al completo. De todas maneras, creo que es mejor que todos los detalles queden por escrito, por supuesto; pero, entretanto, el padre Fabián es testigo de nuestro acuerdo.

Sin más preámbulos extendió su mano, aunque Diego dudó. Ignoraba a qué se debía una actitud tan determinante a la hora de apostar con él algo tan importante para su hermano como su parte en la conservera, pero decidió que no quería averiguarlo.

—Sin límite de tiempo —exigió—. Yo sabré retirarme si no consigo el objetivo.

—Y sin jugar sucio —añadió Lorenzo—. Si te parece bien, mañana nuestros abogados redactarán el documento de la apuesta y ambos lo firmaremos.

Diego asintió, y sellaron el acuerdo con un apretón de manos ante las narices del cura que, impotente, se alejó de ellos gruñendo algo acerca de las personas sin cerebro.

La música corría ahora a cargo de una pequeña orquesta contratada por el Gobernador. Algunas parejas bailaban a su son mientras, en otro rincón, una mujer aburría a su pequeño auditorio con sus horribles poesías. Elena ya había declinado tres invitaciones para unirse al baile, y no era que sus posibles acompañantes no fueran de su agrado; sencillamente, el aburrimiento hacía mella en ella, el corsé le apretaba horriblemente y el calor reinante, a pesar de que





aún no había terminado la primavera y de que los amplios ventanales permanecían abiertos, amenazaba con asfixiarla.

Después de una inspección al gran salón, Elena intentó centrarse en la conversación que, como siempre, llevaba su prima Catalina, y que versaba sobre el tema de moda.

—¿Os imagináis? —estaba diciendo—. Raptada por un bandido... ¡Qué romántico! ¿No crees, prima?

—¿Romántico? —respondió, pestañeando incrédula ante tanta tontería—. No lo sé, y si yo fuera la raptada no creo que pudiera contároslo. Al parecer, pocos son los que sobreviven al terror de Paquillo.

—Dicen que ayer tarde cogieron por sorpresa a dos de su cuadrilla —susurró otra de las jóvenes, disimulando sus palabras bajo el abanico—. Robaban comida en un almacén. Ahora están en los calabozos de Málaga.

—Más bien parece ser el hambre lo que les mueve, y no el amor, ¿no creéis? —Intentando tomar una bocanada de aire y buscando con la mirada, Elena encontró a Juan sorprendentemente cerca de ella, conversando con otros dos caballeros—. Si me disculpáis, voy a hablar con mi tutor.

Sin esperar más, casi corrió hacia él.

—Hola, mi niña. ¿Qué sucede? ¿Te harta la fiesta?

—Un poco menos ahora que estás tú.

—¿Y entonces? Estás un poco pálida.

Elena se abanicó de nuevo con energía, pero eso no mejoró su situación.

—Me ahogo aquí dentro —confesó—. Juan, ¿podría salir al jardín? Necesito un poco de aire.

Juan echó un vistazo alrededor y asintió, acariciando distraídamente su mejilla.

—De acuerdo —concedió—. Pero si te sientes peor házmelo saber, por favor. Y no estés mucho tiempo fuera; podrías enfriarte.

Allí sola, en el silencio de la noche y rodeada de hermosas plantas de jardín, tenía la sensación de que hasta el aire penetraba mejor en sus pulmones, y no pudo sino agradecer que Juan, finalmente, le hubiera permitido salir sola.

El cielo aparecía estrellado y un sereno silencio la envolvía. La temperatura era mucho más agradable, y las palabras de su prima





le vinieron a la cabeza. Bandoleros, gitanos, salteadores de caminos y un Marqués que hacía las delicias de las jóvenes románticas. Nadie sabía su verdadero nombre, y su apodo había sido invención de la Guardia Civil por sus modales caballerescos a la hora de liberar reos. Instintivamente, Elena se frotó los brazos. El Marqués se había convertido en la comidilla de media provincia, y su círculo de actuación era cada vez más amplio; no había prisión ni Civiles que escaparan a su ingenio.

De pronto se sintió insegura, pero se frotó los brazos recordándose que era una mujer práctica que sabía reconocer las situaciones ventajosas.

Y aquella lo era, sin lugar a dudas.

Sigilosamente, abandonó el jardín y comenzó su inspección por uno de los pasillos menos iluminados. La madera del suelo crujía levemente bajo sus pies y las plantas adornaban los espacios libres entre las puertas cerradas que daban a las dependencias privadas. El silencio era tan denso que escuchaba los latidos de su propio corazón. De repente se dio cuenta de que se había metido en un laberinto de corredores en penumbras, así que decidió que ya era hora de volver. Si Juan la buscaba, estaría preocupado al no encontrarla en el jardín, por lo que dio media vuelta dispuesta a desandar lo andado.

Sin embargo, se detuvo cuando pasó junto a una puerta entreabierta. Una tenue luz salía por la rendija, y Elena no pudo evitar acercarse más al oír sonido de voces.

—¡No puede ser! ¿Y cómo piensas...?

Era Catalina. Extrañada, Elena levantó la mano dispuesta a abrir la puerta, pero se detuvo en seco cuando oyó otra voz, una muy masculina que hablaba en un susurro y cuyas palabras no pudo entender. Catalina bajó también su tono y ambos se enzarzaron en lo que pareció ser una acalorada discusión.

Hasta que su prima volvió a gritar.

—¡Pero tú y yo somos amantes! ¿Qué va a pasar con lo nuestro?

A pesar de que sintió deseos de correr y alejarse de allí, sus pies no le respondieron. ¿Amantes? ¿Su prima, la muñequita de porcelana, toda candor y suaves tirabuzones? ¿De quién? La sorpresa y el estupor más absolutos se apoderaron de ella, y durante un instante no supo qué hacer. ¿Su tía lo sabría? No, claro que no. De lo contrario hubiera sido capaz de matarla con sus propias manos.

